

# Recuerdos de un apasionado revolucionario

RESULTA curiosa la historia de Jules Vallès (bautizado «Valle») en una aproximación iniciática a su figura. Chocante. Empezando por el final, sabemos que a su entierro en el cementerio del padre Lachaise en París (su tumba queda entre la del pintor Georges Seurat y la del cineasta Méliès; más allá, Proust, Wilde y tantos otros) acudieron varios cientos, tal vez unos miles, de conciudadanos. Su protagonismo en los acontecimientos de la Comuna forjaron su fortuna como revolucionario. *Le Monde Illustré* del 21 de

político Jules Vallès— para entender su obra. Jules Vallès, pues, según el método Sainte-Beuve. Más o menos.

Louis Jules Vallès nació en 1832 en Puy-en-Velay. En otro de sus libros, *El testamento de un bromista* (también editado en España por Periférica), da cuenta de su infancia, ciertamente desgraciada. No menos lo sería su adolescencia, objeto de estas memorias. Una adolescencia marcada por la escasez y el paso por París, en 1848, para acudir al liceo. «Durante los largos años de pobreza que he vivido en el Barrio Latino, las horas buenas han sido las que he pasado en familias de pobres donde añadían para mí un trozo de tocino a la sopa; en casa de compatriotas orgullosos de tener a alguien educado a su mesa; o en casa de gentes sencillas que querían ser corteses con el profesor de su hijo», nos dice al principio de su relato. «Me daban veinte perras por una clase de francés o de latín. Descorchaban una botella de tres francos, con precinto verde, para festejarlo. Y si me hubiera dejado, me habrían llenado los bolsillos de tortas —suficientes para vivir dos días en mi buhardilla—. Pero no debía parecer que estaba necesitado, y, a menudo, no sacié mi hambre justamente porque estaba hambriento».

El joven Vallès hace vida —cómo si no de otra manera— en el Barrio Latino y acude a las clases del liceo Bonaparte. Frecuenta las tertulias nocturnas que acaba por aborrecer. Cosa curiosa: dice detestar a sus compañeros y sentir simpatía por sus profesores. Unos profesores que, como él, se sienten identificados con la causa re-

o cual personaje real encarnarán en el futuro diversos personajes de ficción de sus novelas; las que compondrán notablemente la trilogía *Vingtras*, una especie de alter ego del autor, y que llevarán por título *El niño*, *El bachiller* y *El insurrecto*.

Los distintos capítulos de estas así llamadas «memorias verdaderas» aparecieron por entregas en *Le Cri*

febrero de 1885, poco después de su muerte, concluía de este modo: «El gran interés de su vida fue la política; serían las letras, sin embargo, las que la perpetuarían».

Así fue, ciertamente. Y hay que decir que estas cosas nos interesan, estos detalles de su vida —incluida la política— porque en este libro nos habla de eso mismo: de su vida en tiempos de estudiante. Y, en este caso, aún más; porque la teoría que formulara el gran crítico francés Sainte-Beuve se cumple: tenemos que tenerla en cuenta —la vida del escritor y

volucionaria. En estas memorias se vislumbra —detalles como éste no faltan— el encendido revolucionario que llegará a convertirse durante la insurrección en 1871. Su vida, tal y como él la llega a definir, es, se convertirá en una vida «de combate».

Su estilo, como su carácter, resulta encendido, a veces caprichoso. Se trata de mostrarle al lector cuán dura fue su vida, cuán difícil el camino. («A menudo me asaltaba un desaliento negro en mi habitación vacía, donde no me atrevía a gastar la vela y donde no podía encender un fuego»). Pobre de remate. Un estilo que, como cabría esperarse de un revolucionario, llega inundado de exclamaciones y frases incendiarias. Pasión. Fuego revolucionario. Hasta su relación con el padre, que una vez en París le hace volver para recluirlo durante un breve tiempo en el asilo de Nantes, se convierte en imposible. Tal es su tesón juvenil por las nuevas ideas. En detrimento de las viejas: «La educación clásica y el oficio de universitario forman como una corteza de piedra en los corazones, incluso en los de la buena gente». Los autores griegos y latinos, Pascal, Montaigne, los moralistas: nada. Mejor Hugo, Balzac. De vuelta a París en 1853 empieza la carrera de Derecho y trabaja como periodista. De todo ello nos da cuenta. Encendida, caprichosamente.

Uno de los aspectos más interesantes de este libro cabría situarlo en su condición de desvelador de claves. Como el mismo autor indica capítulo tras capítulo, su escritura es netamente autobiográfica. Así, este

*du Peuple*, uno de los distintos periódicos que Jules Vallès fundó, entre enero y marzo de 1884. Hasta 1930, año en que fue publicado por Gaston Gallimard, no vieron la luz bajo forma de libro. —RAFA MARTÍNEZ.

Jules Vallès, *Recuerdos de un estudiante pobre*, traducción de Inés Bértolo, Cáceres, Periférica, 2007.

# Turkia



REVISTA CULTURAL / NÚMERO 84

Manuel Aranz	Luis Bague	Javier Barreiro	Juan Manuel Bonet	Elizabeth Bowen
Ángel Mateo Charis	Juan Domínguez Lasiera	Elifio Feliz de Vargas		
Agustín Fernández Mallo	María Fassa	Javier Fernández Vallina	Sidri Ferrer	
Jesús Ferrer Sola	José Giménez Corbatón	José Luis Giménez Fróm		
Mercedes Gómez Biosa	Juan Antonio González Iglesias	Enrique Junco		
Pedro Luis Ladrón de Guevara	José María Lassalle	Jonathan Littell	José Carlos Llop	
Rafael Carlos Malde	Julio Martínez Mesanza	Henri Michaux	Francisco J. Millán	
Hugo Mujica	Ana María Navales	José Navarro	Marcos Ordóñez	Pablo Pérez Rubio
Juan Pedro Quiñero	Nelly Sachs	Miguel Sánchez Ostiz	José Manuel Sánchez Rom	
Javier Sebastián	Juan Carlos Soriano	Juan Antonio Tello	José Verón Gormaz	

PREMIO NACIONAL AL FOMENTO DE LA LECTURA